
Nuevas visibilidades: extensiones del aquí y el ahora *

Joshua Meyrowitz

Por un momento, parece la imagen de una ballena con una presa dentro del vientre. Pero la fecha superpuesta y el logo en la esquina inferior izquierda, «Massachusetts State Police», nos orientan sobre su tema real: es la imagen, tomada desde un helicóptero, en abril de 2013, del joven de 19 años Dzhokhar Tsarnaev, sospechoso de haber colocado una bomba en el Maratón de Boston, oculto dentro de una embarcación en un patio de una casa de Watertown, Massachusetts**. La imagen, difundida en EE.UU. y en todo el mundo en formatos de foto y vídeo, descubre lo que sería invisible a cualquiera que se acercase a mirar el barco,

* El autor agradece a Renée Carpenter, María Constanza Guzmán, Josh Lauer, Dominique Scheffél-Dunand, Peter B. Schmidt y Michael L. Soha todos sus comentarios y sugerencias.

** Véase el vídeo en: <http://gma.yahoo.com/video-dzokhar-tsarnaevs-capture-released-124555983--abc-news-topstories.html> (acceso 1 de junio de 2013).

ya que este se encontraba cubierto con una lona. Sin embargo, la cámara de infrarrojos («*forward-looking infrared*», FLIR) utiliza una tecnología de detección del calor que «vio» el cuerpo caliente de Tsarnaev. La visibilidad del cuerpo es el tema explícito de la imagen. Aunque, en relación con lo que aquí interesa, el tema real —lo que Roland Barthes, en *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, llamaría el «punctum» de la fotografía, ese rasgo de la imagen, en un primer momento desapercibido, que termina pareciendo esencial— es la lona. Pues la lona, que es en realidad opaca, se vuelve funcionalmente transparente gracias a la cámara FLIR. Aunque este tipo específico de imagen FLIR puede ser todavía un elemento poco generalizado en la vida diaria de la mayoría de la gente, su conversión de algo opaco en transparente es, no obstante, un símbolo del extraordinario aumento de la visibilidad y la exposición cotidiana a la mirada pública que la tecnología posibilita.

Durante la mayor parte de los milenios que viene durando nuestra existencia, los humanos hemos sido seres «miopes» por naturaleza. La mayoría de las personas, animales, lugares, objetos y acontecimientos que no estaban o no sucedían justo delante de nosotros nos resultaban, en general, totalmente desconocidos e inimaginables, o, en ocasiones, conocidos solo lo suficiente para que cada individuo los imaginase de forma distinta según su propia idiosincrasia. Podíamos, por supuesto, arreglárnoslas para recordar, lo mejor posible, aspectos de lo que cada uno de nosotros habíamos visto en el pasado. Y también anticipar, de manera más o menos definida y creativa, las experiencias que tendríamos en el futuro. Podíamos recurrir a las «imágenes en palabras», transmitidas por escrito o de viva voz, que otros ponían a nuestra disposición, y a la plasmación artística de experiencias vividas que nos llegaba a través de una gran variedad de medios visuales —desde imágenes trazadas en la arena hasta esculturas, relieves y pinturas—, y, en los dos últimos siglos, a través de la fotografía y los nuevos medios.

Sin embargo, la posibilidad de que los humanos tuviésemos una experiencia visual y aurática «en vivo y en directo», era, hasta tiempos muy recientes, estrictamente local. No podíamos ver ni oír si no estábamos muy cerca, y tampoco ser vistos ni oídos desde muy lejos.

De la miopía a la hipermetropía

No hubo un momento que marcase con claridad el paso de nuestra antigua miopía a la hipermetropía (o a la ampliación al menos de nuestro campo visual) de que hoy disfrutamos. Y aunque en estos días oigamos tantas cosas sobre experiencias «globales», el mundo está todavía, sin duda, lleno de una increíble diversidad de ámbitos y realidades políticas, sociales y económicas. Y, sin embargo, en el transcurso de las últimas décadas, entre mediados y finales del siglo XX, los cambios tecnológicos condujeron a un nuevo conjunto de conexiones sensoriales entre el «aquí» y el «allí» que a pesar de su carácter parcial, y de las barreras psicológicas que impiden asimilarlos, han tenido una significativa influencia en el modo en que experimentamos e imaginamos la vida humana.

En mi propio país, los Estados Unidos, se puede observar que, en una sola década, entre 1940 y 1950, se produjo un profundo cambio en la manera de entender la relación entre el aquí y el allí, a medida que el medio, hasta entonces dominante, de la radio fue cediendo el paso al creciente predominio de la televisión. Después de todo la radio, a pesar de su velocidad de transmisión y del carácter aparentemente «íntimo» de las voces y sonidos que transmite a distancia, mantiene literalmente «a cubierto», sin exponerlos a la visión del público, los lugares y las personas que existen lejos de nosotros. Aunque la radio estimula la imaginación visual de sus

oyentes, este público obligado a construir imágenes de acompañamiento no puede «ver» a través de la radio nada que no haya visto previamente o que les resulte inimaginable. Y la imagen que cada oyente produce para acompañar lo que ha oído es diferente de las imágenes de los demás oyentes. Como resultado de esto, los reportajes radiofónicos de la Segunda Guerra Mundial (a diferencia de lo que ocurría con las fotografías y las películas) permitían que cada oyente se fabricase sus propias imágenes del conflicto.

Como fuente de información y entretenimiento, la radio maneja extraordinariamente bien abstracciones que sería difícil convertir en imágenes. En la radio, el presidente Franklin Delano Roosevelt, legendario orador radiofónico, sonaba como un poderoso hombre de acero (aunque la mayor parte del tiempo estaba confinado a una silla de ruedas) y podía alcanzar gran repercusión cuando hacía uso de abstracciones como el «miedo al miedo». Hubo un serial dramático en que el personaje principal era «el Hombre de Negro». Y otro donde el héroe, que perseguía el delito sin ser policía y estaba dotado de clarividencia, era «la Sombra». En otros seriales radiofónicos los enigmas los podía resolver «la mano de Dios» (un concepto abstracto que sería difícil transcribir visualmente, a no ser que se hiciese con un enfoque cómico).

Para los estadounidenses, la era de la radio no solo dejaba al resto del mundo en la sombra, sino que incluso mostraba su país como un vasto, misterioso y desconocido territorio, solo parcialmente esclarecido gracias a las fotos y a las películas. Esto lo ilustraba bien el punto de partida de la conocida emisión *El autopsicopista*, escrita por Lucille Fletcher e interpretada en directo (repetidas veces) por Orson Welles, que se programó por primera vez en 1941. En ella, un recorrido en automóvil que cruzaba Estados Unidos desde Brooklyn, Nueva York, hasta Los Ángeles, California, se convertía en un viaje mítico a través de un extraño paisaje en el que cualquier cosa podía suceder (y, en efecto, el protago-

nista, Ronald Adams, se cruza una y otra vez con el mismo autoestopista, hasta que finalmente, muy avanzado ya el viaje, en pleno desierto de Nuevo México, inquieto por la repetida aparición del misterioso personaje, encuentra un teléfono desde el que llamar a casa, descubriendo entonces –en una de esas abstracciones típicas de la radio– que él mismo había muerto en accidente en el puente de Brooklyn antes de salir de Nueva York.

Sin embargo, en 1951, justo una década más tarde, el primer episodio del programa de televisión de Edward R. Murrow *See It Now* mostraba imágenes *simultáneas*, «en directo», del Puente de Brooklyn neoyorkino y el Golden Gate de San Francisco. Aquella fusión de imágenes estaba cargada de simbolismo, ya que en los decenios siguientes la televisión contribuiría en gran medida a hacer desaparecer el misterio que rodeaba otras partes del país y del mundo, gracias, sobre todo, a la sensación de «directo» que el medio ofrece. En 2009, cuando el cómico Conan O'Brien se hizo cargo durante algunos meses de *The Tonight Show*, la emisión se abrió con un *sketch* en el que O'Brien «olvidaba» que tenía que mudarse de Nueva York a Los Ángeles para actuar de anfitrión en el programa, y luego era incapaz de conseguir un taxi, tras lo cual le veíamos cruzar el país a la carrera, atravesando ciudades y estados que las imágenes televisivas habían convertido en familiares.

De lo unidireccional a lo multidireccional

Como he explicado con detalle en otra parte, la televisión –al cambiar el equilibrio en lo que los distintos tipos de personas saben en comparación con otras, y en lo que saben unas de otras– ha ejercido una considerable influencia en nuestra conciencia del lugar y en nuestra identidad social (cf. Joshua Meyrowitz, *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behavior*,

Oxford University Press, 1985). Pero, con todo lo profunda que ha sido esa influencia, la penetración de la televisión de masas ha resultado en gran medida unidireccional. La televisión introdujo imágenes y sonidos llegados desde muy lejos en muchos de los espacios vitales de niños y adultos. Pero lo que la mayoría de las personas hacen en esos espacios –mientras hablan, leen, comen, pasean, van de compras, duermen, coquetean, hacen el amor e incluso ven la televisión– en general no trascendía de ellos. Había, por supuesto, muchos «reportajes» escritos y hablados sobre cómo se comportaba la gente en otras partes, pero para «experimentar» los aspectos visuales y auráticos de su forma de ser, «uno tenía que estar allí». Parafraseando un eslogan de la infame «ciudad del pecado» estadounidense, lo que ocurría en la mayor parte de los lugares, por lo general solo se conocía allí.

En las últimas décadas, sin embargo, nuevas tecnologías o nuevas formas de tecnologías preexistentes han alterado espectacularmente el equilibrio entre información recibida e información enviada a través de la televisión y otros medios. El teléfono conectado por cable fue en su día el principal medio por el que las expresiones corpóreas del individuo corriente (vocalizaciones, en este caso) eran transmitidas fuera del ámbito local, del espacio en que aquel se encontrase. Hoy en día, son muchas las tecnologías que amplían nuestro radio de acción y nuestra proyección temporal y espacial, volviendo más transparentes muchas barreras tradicionales.

Estas observaciones sobre la creciente permeabilidad de los límites que separan las diferentes esferas de la información no significan que la televisión y los demás medios electrónicos lo hagan todo público. *See It Now*, la mencionada emisión de Murrow, como el resto de la programación de la CBS y demás cadenas norteamericanas, omitió informar sobre las importantes operaciones encubiertas que Estados Unidos llevó a cabo en los años 50 y 60 y que se prolongaron en décadas posteriores. Solo dos años después

de la primera emisión de *See It Now*, por ejemplo, Estados Unidos organizó en Irán el derrocamiento de un gobierno laico y salido de las urnas, apoyó al dictatorial Shah y entrenó a su policía secreta, todo ello mientras negaba haber tenido ningún papel en el cambio de gobierno. Al año siguiente, Estados Unidos derrocó en secreto a otro gobierno elegido en Guatemala e inició actividades terroristas contra Vietnam del Norte para impedir el cumplimiento de los acuerdos de Ginebra, que habían establecido un calendario para la celebración de elecciones en 1956 y la reunificación del Norte y el Sur del país (solución que Estados Unidos había anunciado públicamente que respetaría). Hay una extensa lista de actividades estadounidenses de las que nadie informó, y ello tuvo profundas consecuencias que han llegado hasta nuestros días. Es importante encararse a esas políticas y a las tradiciones de secretismo y «amnesia» que las envuelven —así como a la autocensura que los medios informativos estadounidenses se impusieron respecto a ellas. Sin embargo, esta tarea fundamental no debería excusarnos de examinar las muchas nuevas formas de visibilidad y transparencia que han estado influyendo en las vidas de la gente corriente, sobre todo en Estados Unidos, Europa, Japón y otras sociedades tecnológicamente avanzadas. Es más, estos dos tipos de acción se solapan bastante porque las nuevas tecnologías favorecen la abundancia de fuentes de noticias e información «alternativas», aunque en las democracias muchas personas elijan «libremente» ignorarlas. Por supuesto, dado el enorme espectro que abarcan las nuevas tecnologías, hay mucho con lo que distraer a la gente evitando que preste a cualquier cosa una atención prolongada y crítica, atención que podría extenderse incluso a la oferta de esas tecnologías, como veremos en el próximo apartado.

La nueva ambigüedad de «presencia»

Imaginemos a una mujer llamada María que pasa un día en una gran ciudad estadounidense o europea. Si decide ir en coche al corazón de la ciudad, es probable que cuente en su vehículo con un dispositivo GPS con el que podrá controlar su ubicación y el tiempo aproximado que invertirá en el recorrido, así como ser informada de las retenciones del tráfico y las posibles rutas alternativas. Este práctico sistema de «auto-vigilancia», que es posible gracias a un satélite que orbita en torno a nuestro planeta, facilita a María una visión general de su situación y sus movimientos que un día estuvo asociada a los dioses. Para ahorrarse tiempo y problemas María puede pagar los peajes de las carreteras automáticamente gracias a un sistema de cobro electrónico (sus siglas en inglés son ETC) del que se puede extraer datos que, reunidos, revelarían (por los intervalos de tiempo transcurridos entre los peajes) la velocidad a la que conduce. Ella y los demás conductores son controlados también por cámaras situadas en las carreteras e inspeccionadas por las autoridades y, cada vez más, por todo el que quiera conectarse a la red y mirar. Si María está intentando obtener una rebaja en el seguro del coche, puede haber aceptado instalar en él un aparato que controle la velocidad a la que conduce, la mayor o menor brusquedad con que frena o gira, etc. Cuando María entra en un aparcamiento del centro, cualquier agente de la policía que circule a velocidad normal puede escanear su placa de matrícula –y casi dos mil placas más de los alrededores por minuto– para comprobar automáticamente si el coche está matriculado y asegurado, si su propietario tiene multas sin pagar, o si ha sido robado (algo que María sin duda apreciaría en caso de que su vehículo lo estuviera conduciendo un ladrón, aunque le haría menos gracia conocer la existencia de un archivo donde constan los lugares en los que su coche estuvo, y a qué horas, a lo largo de muchos meses

o años). Si, en vez de desplazarse en coche, María va a la ciudad en transporte público, es igualmente probable que sea controlada por cámaras y grabaciones de seguridad, y podrá usar su *smartphone* para consultar en la red los horarios y las opciones que tiene para el viaje de vuelta.

Cuando María camina por el centro de la ciudad y al entrar en tiendas y edificios, su imagen y sus movimientos son controlados y grabados por cientos de cámaras de sistemas de seguridad privada y del gobierno, en algunos casos conectadas a programas de reconocimiento facial capaces de comparar a millones de personas con las imágenes de una base de datos creada a partir de ciertas peculiaridades de la geometría facial y de los iris. Dentro de las tiendas, las pantallas de vigilancia son cada vez más capaces de detectar el género y la edad aproximada y cambiar la publicidad más próxima para armonizarla con los supuestos intereses de las categorías demográficas en que María se incluye. María puede encontrar útil (o aterrador, o las dos cosas al mismo tiempo) este intento de adaptarse al cliente. Las tecnologías de radares que desarrolla el ejército de Estados Unidos podrían seguir a distancia, incluso salvando el obstáculo de paredes interpuestas, el ritmo único y personal de los latidos del corazón de María. La «tecnología de los andares» (*Gait technology*) está avanzando hasta el punto de que María podría ser identificada por su forma de caminar (algunas modalidades de este tipo de control se basarían en el pirateo de los datos del sensor de movimientos del teléfono móvil que María lleva en el bolsillo o en el bolso [«The Biometric Boom», *The Week*, 7 de junio de 2013, 11]). Si María se topase con una manifestación política que se estuviese celebrando en la ciudad o participase en ella, es probable que su imagen fuese captada por drones espías, del tamaño de un pájaro o más pequeños, al servicio de las autoridades (y tal vez por algunas de las cámaras de vídeo con que los manifestantes cuentan para documentar posibles abusos policiales). A través de

cualquiera de estos medios, María podría ser rápidamente identificada en caso de cometer un delito, aunque también, gracias a los mismos procedimientos que han servido para registrar los lugares donde ha estado, podría demostrar que es inocente de un delito cometido en otra parte.

Cada compra que María realiza con tarjeta de crédito se convierte en un dato que los comerciantes utilizarán para convertirla en destinataria de anuncios y cupones de descuento que le enviarán por correo electrónico o convencional. Si luego María se retrasa en el pago de sus cuotas a las entidades emisoras de las tarjetas, la posible rebaja de su crédito tal vez haga que otras entidades confíen menos en ella a la hora de contratar un seguro o concederle un préstamo, y que incluso le dificulten en el futuro encontrar un trabajo. Hasta los simples cambios en los hábitos de consumo de María pueden llevar a que los emisores de tarjetas piensen que su situación financiera se ha deteriorado y consideren reducirle el crédito.

Como ocurre cada vez con mayor frecuencia, es probable que muchas de las compras que María ha realizado este día, así como el resto de los objetos de su propiedad que lleve con ella, contengan etiquetas de identificación por radiofrecuencia (RFID). Estas etiquetas se componen de microchips y minúsculas antenas que transmiten un número de identificación exclusivo de cada objeto que puede ser leído a decenas de metros de distancia y estar conectado a la base de datos de un ordenador. Así, a diferencia del código de barras, las etiquetas RFID no se limitan a identificar el *tipo* o categoría general de los objetos que María lleva, sino que identifican cada uno de ellos como un artículo *específico*. (Los comercios pueden usar esta tecnología para recoger datos de sus clientes así como para atrapar a los mecheros, pero los consumidores pueden también hacer uso de ella con el fin de distinguir productos auténticos de falsificaciones (incluidos los farmacéuticos), y ser adverti-

dos en caso de que algo se retire del mercado por razones de seguridad). Además, al *conjunto* de bienes que son propiedad de María se le puede asignar un número RFID que permita su seguimiento, y ponerlo en correlación con registros de transacciones comerciales para identificar al individuo.

A lo largo de todo este itinerario, el teléfono inteligente de María probablemente no ha dejado de recibir correos, mensajes de texto y llamadas profesionales, personales y de organismos públicos, que interrumpen sus actividades en el centro de la ciudad con avances de noticias, anuncios de nacimientos y fallecimientos, solicitudes de trabajo, imágenes de amigos y familiares, publicidad de programas de televisión disponibles «a la carta» en cada momento y aparatos para el hogar. Si María tuviese activadas otras innovadoras aplicaciones de su teléfono inteligente, podría haber recibido información sobre amigos íntimos que anduviesen por los alrededores y sobre rebajas y actividades de interés que se estuviesen celebrando en lugares próximos. María querrá probablemente responder a algunos de los mensajes que recibe, cuestionando quizá la verosimilitud de una noticia enviada por un amigo o escribiendo un comentario sobre ella, y enviar mensajes de texto o imágenes a otras personas. También puede sentirse tentada a comunicarse con amigos y familiares para compartir informaciones sobre el lugar en que se encuentra y lo que está haciendo, a través de correos, textos o actualizaciones de estado en redes sociales –aunque las mismas formas de conexión que permiten los informes de actividades diluyen también el «dónde» y el «qué» de las actividades de que se informa. Además, si María no ha puesto mucho cuidado en configurar de modo muy estricto las opciones de privacidad en sus cuentas en medios sociales, sus actualizaciones de posición pueden hacerse públicas y accesibles a cualquier agente comercial, a su jefe, a un acosador o a cualquier otra persona.

Tal vez deje de responder y enviar mensajes mientras toma algo en un restaurante. Pero si por casualidad un sospechoso de haber

cometido un delito comiese ese día en el mismo restaurante, la policía, al intentar localizar el ADN del sospechoso en una taza o en una cuchara, obtendría también probablemente el ADN de otras muchas personas que coincidieron con él en ese lugar, incluida María, sin que hoy exista una normativa clara que regule la utilización del ADN (cf. Kevin Hartnett, «Hey, That's My DNA!», *Boston Sunday Globe*, 12 de mayo de 2013) *. Mucho más trágica, por supuesto, sería la posibilidad de que María, o alguien sentado muy cerca de ella, fuese confundida con «el malo» por quienes pueden hacer uso de cierta mortífera tecnología teledirigida, procedimiento de asesinato extrajudicial que a menudo combina un diálogo político tan poco sofisticado que parece salido de un comic con un armamento letal de ciencia ficción, y donde quienes disparan las armas podrían estar a miles de kilómetros de distancia, en una sala de control de operaciones similar a las de los videojuegos.

Finalmente, encontramos a María a salvo dentro de su hogar. Antes, el regreso a casa al término de un viaje restauraba una experiencia de familiaridad y predecibilidad. Hoy en día, las tecnologías de la transparencia son incluso más sofisticadas dentro del hogar, donde ordenadores de sobremesa, televisores «inteligentes» y otros aparatos se unen a los medios móviles, permitiendo el acceso a una gran variedad de aspectos del mundo, y es posible que María y los miembros de su familia traspasen las paredes de su casa (saltando los unos por encima de las esferas de atención de los otros) para conectar con otras gentes y lugares. Si María tiene una dirección de gmail para contactar con amigos, familia y colegas,

* La Corte Suprema de los Estados Unidos ha fallado el 3 de junio de 2013, en una decisión no tomada por unanimidad, que es legal que la policía tome muestras de ADN de cualquier persona arrestada por un delito grave, incluso en el caso de que las muestras no tengan ninguna relación con el delito por el que la persona ha sido arrestada, y las incluya en bases de datos de ADN para tratar de desentrañar casos no resueltos o futuros delitos.

Google «lee» sus correos para enviarle publicidad (mientras que los distintos departamentos de la administración aumentan cada vez más su exigencia de decidir qué comunicaciones de María tienen derecho a husmear sin necesidad de orden judicial). En el supuesto de que María decida informarse sobre un viaje de trabajo o vacaciones a otra ciudad o a otro país, el ordenador le dará probablemente la oportunidad de tener una «experiencia previa» de su destino a través de imágenes de vídeo que en el futuro atenuarán la novedad de la llegada real a ese destino, del mismo modo que atenúan la experiencia de hallarse «en casa» y «con» la familia mientras planifica el viaje.

En caso de que María esté embarazada, es probable que ya haya visto y compartido las primeras «imágenes del niño», que muestran al feto en el vientre de la madre y que vuelven el cuerpo de María transparente. (Esas imágenes obtenidas por ultrasonidos, como observa perspicazmente el escritor del *Boston Globe* Sebastian Smee, ofrecen inquietantes semejanzas con la del sospechoso del atentado de Boston dentro del barco [Sebastian Smee, «A Heat-Generating Image», *Boston Sunday Globe*, 26 de mayo de 2013].) Si María es presumida, tal vez haya utilizado ya un «*aging progression software*» como el de AgeMe* que anticipe cuál podría ser su aspecto el día de la boda del bebé aún por nacer, y le permita considerar posibles cambios en su estilo de vida relacionados con el tabaco o el aumento de peso, o la conveniencia de intervenir con mayor energía en la evolución de la apariencia física que se le ha vaticinado por vía digital planificando alguna operación de cirugía plástica. Razones de salud más racionales pueden llevarle igualmente a realizarse análisis genéticos para ver si tiene un alto riesgo de contraer enfermedades concretas que sugiera la necesidad de tomar por precaución medidas como mastectomías preventivas o extirpación de ovarios.

* Véase www.AgeMe.com. Consultado el 3 de junio de 2013.

Si la familia de María es lo suficientemente acomodada como para tener una casa donde pasar los fines de semana a pocas horas de distancia, ella tal vez esté deseando llevarse allí a los suyos para «olvidarse de todo». Podrá usar Internet para comprobar que las cámaras de seguridad muestran que las cosas están en orden en la segunda residencia, y también subir la calefacción (o encender el aire acondicionado) por control remoto antes de que la familia salga de viaje o cuando ya estén de camino. Pero, ya en la otra casa, María y su familia tal vez sientan que no pueden «olvidarse» completamente de todo, pues probablemente habrán traído con ellos todas las formas de conexión y transparencia que funcionan en el hogar y en la mayoría de los demás lugares. En el otro extremo, si la casa para los fines de semana ha sido deliberadamente montada como un «retiro» sin servicio de Internet, los hijos mayores pueden resistirse a ir a ella por miedo a quedar desconectados de su red de «amigos» *online*, y la misma María se puede sentir demasiado «aislada» e «incomunicada» para quedarse tranquilamente mucho tiempo.

En resumen, María, como la mayoría de nosotros, se encuentra ahora «limitada» por las presiones a contar con un acceso y una accesibilidad ilimitados.

Consecuencias del aumento de la permeabilidad

Es relativamente fácil hablar de las nuevas formas de elección y los nuevos «poderes» que las tecnologías descritas más arriba otorgan a los ciudadanos. E, irónicamente, es al menos igual de fácil hablar de la tendencia opuesta: de cómo somos digitalizados, cosificados y deshumanizados por las nuevas formas de «control de las grandes compañías y los gobiernos», que al mismo tiempo nos «distraen» del compromiso político y nos amenazan con la

«hipervigilancia», o algo peor, en cuanto nos consideran molestos. Es, por tanto, muy tentador basarse en la existencia de ambas tendencias para concluir que «la verdad ocupa un lugar intermedio» entre ambos extremos. Aunque estos son, en efecto, temas muy importantes que hay que analizar y ponderar (y algunas de mis descripciones suponen una invitación a adoptar un activo compromiso ciudadano con el fin de limitar el poder de las corporaciones y los gobiernos), estas cuestiones han sido tratadas de forma tan rigurosa por otros autores, que me gustaría dedicar las siguientes páginas de este ensayo a destacar brevemente unas cuantas visiones algo menos convencionales de los cambios que creo estamos experimentando debido a la aparición de nuevas formas de transparencia. Además, trataré de centrar la atención en aspectos del cambio que probablemente se mantendrán independientemente de las acciones o de la falta de acciones que los ciudadanos lleven a cabo para potenciar al máximo su libertad y controlar el uso de las tecnologías por parte de las corporaciones y los gobiernos.

La premisa en que se basa la última parte de este artículo es que muchas de las profundas influencias que ejercen las nuevas tecnologías de la transparencia derivan no tanto de las cosas concretas que esas tecnologías pueden *hacer*, sino más bien de lo que, en general, *dejan de hacer*. Dicho de otra manera, creo que necesitamos considerar la influencia que, a lo largo de tantos siglos, han ejercido las barreras, la opacidad y las limitaciones impuestas a la percepción y la comunicación a la hora de conformar nuestra conciencia de quiénes somos, qué somos y dónde nos encontramos.

El espacio físico como telón de fondo. Como hemos mostrado más arriba, las nuevas formas de transparencia pueden ser vistas como una increíble batería de oportunidades, al mismo tiempo que como un entramado de inquietantes controles e intromisiones. Pero el cambio que se oculta bajo esta doble realidad es que las formas de nuestra visibilidad para los otros, y de la de estos en relación

con nosotros, ya no dependen, como antes ocurría, de la posición que ocupemos en el espacio físico. Aunque la co-presencia física sigue siendo la más profunda y rica forma de interacción, muchos de los escenarios de nuestras actuaciones vitales, y de nuestro acceso a las actuaciones de los otros, se han trasladado al campo de lo digital. Las localizaciones físicas son, con frecuencia, el simple telón de fondo de nuestras interacciones (como ese fondo que María puede seleccionar cuidadosamente antes de que un medio de comunicación le haga una entrevista Skype sobre un tema de su competencia).

Las normas de una «conducta apropiada» cambian debido a que hoy las actuaciones en un entorno espacio-temporal se pueden transportar fácilmente a otro lugar y pueden ser preservadas a lo largo de tiempo. Como resultado de ello las personas políticamente más despiertas restringen el abanico de comportamientos específicamente vinculados a un lugar concreto, lo que lleva a un modelo de etiqueta más universal, así como a nuevos niveles de insipidez general en dichos comportamientos (aunque también se dé cierto aumento de la tolerancia hacia las variaciones relativamente más sutiles registradas en los comportamientos que siguen vinculados a un único escenario).

La nuevas permeabilidades de lugar llevan a contradictorias conexiones espaciales. Por una parte, hoy podemos estar casi en cualquier parte sin perder nuestras redes de interacciones y contactos, lo que debilita las formas tradicionales de relación con unos lugares concretos. Confiamos menos en nuestros vecinos físicos como inspiradores de una conciencia de «comunidad» absoluta, y esperamos que ellos confíen menos en nosotros. La disolución del lugar físico facilita también que a lo largo de la vida se viaje y se cambie de lugar con más frecuencia y con menos interrupciones en la comunicación. Por otra parte, y puesto que siempre estamos en un lugar, y el lugar siempre está con nosotros, podemos elegir

nuestras localizaciones físicas concretas con más cuidado que nunca, tal vez recurriendo incluso a criterios y clasificaciones que buscamos en Internet), en vez de limitarnos a «heredar» irreflexivamente nuestra conciencia del lugar de nuestros padres, junto con la religión y otros «supuestos» del pasado. El cambio en las formas de apego al lugar es tan profundo como el que se produjo al pasar del matrimonio concertado entre familias al amor romántico: en este último la pasión es más consciente en un primer momento, pero a largo plazo el compromiso resulta más frágil (como también es más superficial la conexión con unas redes comunitarias/familiares más amplias).

Comunicación instantánea. La escritura de este artículo está siendo puntuada por los pitidos –varios por minuto– que anuncian la entrada de nuevos correos y mensajes. Aunque en el pasado traté de ignorar esos mensajes hasta que no hubiera pasado algunas horas concentrado en la escritura o en cualquier otra cosa que estuviera haciendo, esa actitud ha sido más difícil de mantener a medida que aumentaba la frecuencia de los mensajes (¡tantos mensajes que leer y responder al término de un solo día!), pero más todavía porque ese tipo de comunicación personal diferente de la de las cartas que llegan por correo postal entraña cada vez más intercambios frecuentes y respuestas inmediatas, como los que se dan en una conversación rápida en una reunión de amigos y colegas. (Pensar las respuestas «correctas», que se retrasarían algunas horas, no nos convence, aparte de que exigiría contestaciones más largas y que nos llevarían más tiempo.) Los planes para la noche no dejan de cambiar, alguien pide consejo sobre una tarea que está realizando en ese momento, un mensaje afectuoso (del tipo «me acuerdo de ti y me pregunto cómo estarás») parece exigir una respuesta inmediata. Las que antes eran esferas de actividad distintas están cada vez más entrelazadas y entremezcladas. Paralelamente a lo que ocurre con las informaciones políticas, la aceleración del «ciclo informativo» en

la vida personal favorece un aluvión de «noticias de última hora», junto con una disminución del tiempo reservado a la reflexión y el análisis rigurosos. Este déficit de atención entraña también falta de tiempo para crear el tipo de filtros, barreras y criterios de clasificación mentales y tecnológicos que ayudarían a discriminar niveles de importancia entre nuestros conocidos de ayer y de hoy, y entre las organizaciones, movimientos, etc., con que nos relacionamos.

«*Espejos del sí mismo*» no locales. Como es sabido, el psicólogo social George Herbert Mead aseguró que nuestro sentido de nosotros mismos (*self*) no es algo con lo que se nace y ni siquiera una característica que creamos individualmente a medida que maduramos. Mead defendía, por el contrario, que el sentido de uno mismo de cada persona lo conforma el modo en que él /ella imagina la imagen que de él/ella se hacen otras personas. Según Mead, cada persona imagina las percepciones que tiene el «otro generalizado». Mead describe también el importante papel que desempeña ese imaginar nuestro del modo en que somos vistos por «otros significativos» (sean estos los padres, los líderes religiosos locales, un profesor influyente, etc.) (George Herbert Mead, *Mind, Self, and Society: From the Standpoint of a Social Behaviorist*. Ed. Charles W. Morris, University of Chicago Press, 1934).

Imaginar cómo los otros nos imaginan obliga a tener alguna forma de acceso a esos otros en cuanto «espejos del sí mismo». Y la claridad en los procesos de ese imaginar requiere acceder solo a unos otros selectivos. El poderoso razonamiento de Mead se extiende implícitamente a los modelos de acceso e inaccesibilidad, a las fronteras opacas y a los límites a la percepción de los otros. La teoría de Mead explica por qué las creencias sobre formas de comportamiento y concepción del sí-mismo que parecían ser «evidentemente apropiadas» han variado tanto de una época a otra, de un país a otro, de una ciudad a otra, de un barrio a otro, de una familia a otra, etcétera. Los otros generalizados y significativos de

cada lugar fueron en su día únicos. (La teoría de Mead podría servir también para explicar la resistente falta de sociabilidad de los niños salvajes y los efectos desestabilizadores de la identidad que produce una prolongada reclusión en soledad.) Si Mead tiene razón, las tecnologías de la transparencia expanden y entremezclan los espejos del sí mismo que las personas han utilizado tradicionalmente en localizaciones limitadas para obtener una idea de quiénes son, de cómo son los otros y de cuáles son los «comportamientos apropiados». Vivimos una época de «otros generalizados mediatizados». Uno de los cambios que se han producido consiste en lo que podríamos denominar «ruptura de la línea de transmisión», responsable de que modelos de comportamientos y creencias que tradicionalmente pasaban de padres a hijos queden ahora devaluados cuando los jóvenes saltan por encima de sus padres y otras personas de su entorno para encontrar nuevos otros generalizados y significativos. Por otra parte, del mismo modo que nuestra conciencia de nosotros mismos es imaginada cada vez más desde perspectivas no locales, vamos adquiriendo también una creciente conciencia del lugar *donde* estamos, al imaginar cómo personas distantes imaginan nuestras localizaciones. Yo he denominado este proceso el desarrollo del «otro lugar generalizado». [Joshua Meyrowitz, «The Rise of Glocality: New Senses of Place and Identity in the Global Village», en Kristóf Nyíri (ed.), *A Sense of Place: The Global and the Local in Mobile Communication*, Viena, Passagen Verlag, 2005, 21-30 *].

Percepciones del lugar que uno ocupa en el orden social. Tal y como han explicado situacionistas como Erving Goffman, las personas se comportan de diferentes maneras en escenarios distintos, dependiendo de quién esté allí, y de quien *no* esté allí (Erwin

* www.socialscience.t-mobile.hu/dok/8.Meyrowitz.pdf. Acceso 3 de junio de 2013.

Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Anchor, 1959). Aunque Goffman tiende a considerar las fronteras entre situaciones como si fuesen relativamente estáticas (cómo los cambios de comportamiento que él observa afectan a quienes se trasladan de un escenario físico relativamente fijo a otro distinto), su modelo se puede adaptar al estudio de lo que ocurre cuando las nuevas tecnologías vuelven más o menos porosas las fronteras entre escenarios. En mi opinión, a medida que se borran las diferencias entre escenarios, también se van difuminando en ellos los estilos de comportamiento. Las distinciones entre comportamientos públicos y privados, y entre trabajo y juego, se están volviendo más fluidas.

La conciencia de identidad y solidaridad de grupo –entre amigos, miembros de una misma familia y «tipos» generales de personas, como hombres vs. mujeres, o médicos vs. abogados– se ha basado durante mucho tiempo en una experiencia compartida aunque diferenciada, esto es una experiencia compartida dentro del grupo pero inaccesible a quienes no forman parte de él. Con el aumento de la transparencia entre contextos, vemos que se van desvaneciendo las distinciones tradicionales entre categorías de comportamientos. Las distinciones entre comportamientos tradicionalmente masculinos y tradicionalmente femeninos se están haciendo borrosas, con cada vez más mujeres volcadas en sus carreras profesionales y más hombres que dedican una atención preferente a sus familias. Los adultos se preocupan menos de ocultar los rasgos «infantiles» que persisten en sus personalidades, y los niños hablan y actúan de formas que en otro tiempo se hubiesen juzgado impropias de ellos. Los líderes se comportan cada vez con más humildad y «normalidad», mientras que el ciudadano medio pide aumentar su intervención en los asuntos locales, nacionales e internacionales.

El aplanamiento de las conexiones. A medida que las tecnologías favorecen una interacción que salta por encima de las barreras

temporales y espaciales que antes la limitaban, muchas personas alardean de estar (y presumiblemente así se sienten) crecientemente conectadas con cada vez más gente (hay muchos que tienen cientos, o miles, de «amigos» en Facebook). Pero los seres humanos no son máquinas ni ordenadores, y la capacidad de producir y mantener amistades e intimidad no es infinita. En general, nuestras conexiones son más numerosas, pero también más superficiales. Tratamos a muchos otros que se encuentran lejos de nosotros como semi-amigos, mientras que nuestros vecinos físicos, e incluso aquellos con quienes compartimos el hogar, se convierten en semi-extraños.

Los cambios en las fronteras de la comunicación favorecen cambios en los modelos de vinculación social. A medida que ha aumentado la proporción de interacciones que ya no se basan en la co-presencia, se ha hecho más fácil que las parejas se vayan a vivir juntas sin estar casadas o que estén casadas pero no vivan juntas de manera permanente, o que haya gente que viva sola formando familias de un único miembro (sin que ello le suponga perder la mayoría de sus «contactos» e «interacciones»), o que cambie frecuentemente de ciudad y de relaciones, o que se case y se separe repetidas veces. Los límites y definiciones de «familia» también se están volviendo más fluidas, al igual que ocurre con las de «madres solteras por elección» y múltiples formas de familias no tradicionales.

Nuevos modelos de homogeneización y fragmentación. Cuando se fusionan con el análisis de las tecnologías de la transparencia, las teorías de Mead y Goffman explican implícitamente por qué muchos modelos de análisis demográfico basados en los ingresos, la edad, la religión, la educación, la etnia, el país, el estado, la ciudad y otras variables están perdiendo su capacidad predictiva (irónicamente, a pesar de que la tecnología informática haga aparentemente dichos modelos más precisos y sofisticados). Como resultado de ello, los

anunciantes creen cada vez más que es mejor dirigir su publicidad a destinatarios individuales basándose en patrones de comportamiento también individuales (con especial atención al comportamiento en la red). En un giro estructuralmente similar, los antes fiables criterios que proporcionaban los «principios morales de la comunidad» (a la hora de regular la pornografía y otras actividades) también se están debilitando. En general, asistimos a una mayor homogeneización de los roles y localizaciones en el nivel de lo macro, y a una mayor fragmentación e individualidad de categorías y localizaciones en el nivel de lo micro. También estamos experimentando cambiantes modelos neo-feudales de asociación y agregación, combinados con entretenimientos tecnológicamente inducidos para un gran número de miembros de la población, que socavan las formas tradicionales de organización y actividad política que tenían arraigo en el entorno más próximo.

La persistente opacidad de la transparencia

Las tecnologías de la transparencia evolucionan rápidamente, demasiado rápidamente para muchos sectores del público y para que las legislaciones se adapten con facilidad a ellas. Dichas tecnologías se difunden por todo el mundo, con mayor capacidad de impacto en los países en vías de desarrollo, donde grandes segmentos de la población no han tenido anteriormente una identidad «oficial». India, por ejemplo, está recogiendo datos biométricos (huellas dactilares y lecturas de iris) de sus mil doscientos millones de habitantes. Se supone que esto facilitará ejercer el derecho al voto, abrir cuentas bancarias, beneficiarse de prestaciones sociales, etc. Pero quienes se oponen al plan ven en él motivaciones ocultas y dicen que servirán, entre otras cosas, para identificar a las castas, reforzar el «estado de seguridad» y obligar al pago de impuestos

sobre los ingresos (Alex Newman, «Biometric ID Scheme for 1.2 Billion Indians Meets Resistance», *The New American*, 14 de septiembre de 2010^{*}).

Esta dualidad de respuestas a las tecnologías de la transparencia existe en muchos de nosotros, como prueban las reacciones de un antiguo estudiante de segunda enseñanza a quien conozco bien. El muchacho estaba horrorizado con la posibilidad de que en el aparcamiento de su instituto hubiera cámaras de seguridad que pudiesen detectar si llegaba con retraso o salía antes de la hora, pero cuando le robaron las herramientas que llevaba en su camión se mostró furioso porque no habían funcionado las cámaras de seguridad que hubiesen podido identificar al ladrón. De modo similar, las tecnologías que son mayoritariamente bien recibidas cuando permiten la rápida captura de individuos acusados de delitos y terroristas como los hermanos Tsarnaev, pueden ser vistas con menos simpatía cuando abren agujeros en muchas de las «coberturas» cuya existencia siempre habíamos dado por supuesta y que nos habían garantizado muchas formas de privacidad. Esas tecnologías capturan hoy un número cada vez mayor de actividades digitalizadas de individuos de todo el mundo, y tal vez nos estén etiquetando a muchos de nosotros como inmorales, como solicitantes de créditos poco fiables, como riesgos para la seguridad, o simplemente como tipos lo bastante sospechosos para que esté justificada la necesidad de posteriores investigaciones.

Si la historia de la evolución de los medios puede servirnos de guía, muchos de los aspectos de la transparencia que hoy parecen milagrosos o terroríficos a la generación de más edad serán vistos como normales —«así son las cosas»— por la generación más joven cuyo nacimiento —recogido tal vez por una cámara de vídeo— ha

^{*} www.thenewamerican.com/world-news/asia/item/10286-biometric-id-scheme-for-12-billion-indians-meets-resistance. Acceso el 4 de junio de 2013.

sobrevenido en un mundo transparente. Quienes alcanzamos la madurez en una época anterior tenemos una doble responsabilidad. Por una parte, debemos ayudar a la nueva generación digital a entender que la larga historia de la civilización humana se ha caracterizado por la existencia de formas de opacidad que para ellos tal vez sean difíciles de entender. Al mismo tiempo, debemos mantenernos en sintonía con el modo en que una generación más habituada a la transparencia se empeña en dar sentido a las nuevas tecnologías y aprovecharse de ellas. Todas las generaciones debemos trabajar para crear democracias más fuertes y al servicio de los ciudadanos que se benefician de la transparencia, al tiempo que pongan freno a la capacidad de intromisión en el ámbito privado por parte de gobiernos y corporaciones. Las posibilidades de las nuevas tecnologías son grandes, también en el terreno de la lucha por los derechos de los miles de millones de personas de todo el mundo cuyas vidas siguen manteniéndose en la opacidad, debido sobre todo a la pobreza y a la explotación.

No nos podemos permitir volvernos políticamente conformistas. Ni deberíamos consentir tranquilamente que las nuevas tecnologías se desarrollen y se apliquen sin debate político ni intervención de la ciudadanía. Tendríamos que ser conscientes de la ironía que supone que en torno a las tecnologías de la transparencia se esté librando un intenso combate relacionado con el secreto y el control. Estados Unidos y China están enzarzados en batallas que tienen que ver con la ciberseguridad y la piratería informática. Hasta fecha reciente Estados Unidos ha mantenido secreto su programa de utilización de drones con fines bélicos (aunque evidentemente el programa no pudiese ser secreto para quienes se encontrasen al alcance de los ataques con misiles). El fundador de WikiLeaks, Julian Assange, es considerado un terrorista por algunos miembros del gobierno estadounidense, y actualmente se encuentra asilado en la embajada de Ecuador en Londres, mientras

que Bradley Manning, acusado de filtrar documentos y vídeos de la guerra de Irak a WikiLeaks, está siendo procesado por traición –en un juicio en buena parte secreto. El gobierno estadounidense, en vez de estar dispuesto a reconocer que WikiLeaks puede representar una nueva y más poderosa forma de «libertad de prensa», se ha dedicado, como ya he dicho, a lanzar ataques sin precedentes contra cierto periodismo tradicional entendido como forma de espionaje. Y, con el fin de conseguir sus objetivos de lograr mayores beneficios y control, muchas grandes compañías han mantenido su hermetismo sobre el modo en que utilizan las tecnologías de la transparencia.

Por las razones, buenas y malas, ofrecidas en este artículo, parece improbable que se inviertan las tendencias al incremento de la transparencia tecnológica. Si queremos conseguir un mayor control ciudadano y una mayor democratización, nuestro objetivo tal vez tenga que ser el *aumento* de la transparencia en relación con las actividades de la policía, el gobierno, el ejército, los *lobbys*, los bancos, las instituciones crediticias, los fabricantes de armas, las compañías que alteran genéticamente nuestros alimentos y otras corporaciones. El público también necesita saber quiénes son los propietarios de los medios que le proporcionan información y entretenimiento, quiénes se anuncian en ellos y cómo se toman las decisiones sobre contenidos y cobertura informativa. Con más transparencia *recíproca*, se podría recuperar parte del viejo equilibrio de poder. En Estados Unidos esta exigencia debería incluir a las entidades que invierten grandes sumas de dinero en publicidad en medios de comunicación con el fin de influir en las elecciones.

Un desafío importantísimo al que los ciudadanos siguen teniendo que enfrentarse es el de cómo organizarse políticamente para la acción, en favor de una democracia al servicio de los ciudadanos cuando las formas tradicionales de asociación local y de actividad política están siendo crecientemente abandonadas

y formas actuales como las «asambleas digitales», las peticiones, las declaraciones de «me gusta» en Facebook y otras por el estilo tal vez no sean suficientes. Sin embargo, solo cabe esperar que encontremos espacios multigeneracionales que nos permitan mantenernos como ciudadanos activos y valernos de las nuevas formas de transparencia para aumentar el entendimiento, la acción inteligente y la evaluación ecuánime de los flujos de información que llegan a nosotros en apariencia desde todas partes, y aprovechar las nuevas oportunidades de proyectar nuestra humanidad en un escenario global más amplio, más libre y más transparente.

J. M.

Traducción: *Alfredo Taberna*.